

de la cama; se lo puso; colocó en sus piés unas chinelas, y tomando la lamparilla que ardía sobre la mesa, salió precipitadamente del aposento. Atravesó varias habitaciones, bajó unas escaleras y recorrió los cerrojos de una puerta. A cualquiera hubiera trastornado el aire que se desprendió de la estancia al abrirla, pero D. Hernán bajó precipitadamente en medio de su delirio otras tantas escaleras y se halló en una profunda mazmorra: colocó la lamparilla en una punta saliente de las piedras, y se dirigió á uno de los ángulos de aquel lúgubre recinto. Tal era la habitación donde fué colocado el desgraciado D. Rodrigo; sus negras paredes de piedra presentaban un aspecto aterrador, y un olor húmedo corrompido hacia insoportable la permanencia en un lugar tan espantoso.

El desgraciado jóven, sentado sobre una poca y húmeda paja, se hallaba fuertemente sujeto por grillos, esposas y cadenas. Cuando entró el padre de Matilde, hizo un esfuerzo como para arrojarle á él, pero fué en vano; su cuerpo oprimido por los hierros y debilitado por el sufrimiento, había perdido enteramente sus fuerzas.

—Qué me queréis? dijo, venis á gozaros en mis dolores?

—Sí, contestó el iracundo é implacable anciano; vengo á deleitarme en tus tormentos, á estasiarme en tu dolor. Tú has sido el deshonorador de mi familia y de mi nombre; has echado una horrible mancha sobre mi ilustre escudo, y yo quiero lavarla. Los mayores y crueles tormentos no serán suficientes para borrar tan funesta infamia.

—Pero tened presente que os pedí la mano de vuestra hija; vos fuisteis inexorable para con ella.

Mi cuna es tan elevada como la vuestra; y nada perdiais con nuestro enlace.

—Mientes, villano, tu origen es desconocido.

—Preguntadlo á Matilde.

—¡Matilde! no me la nombres... su sombra me persigue hasta en mis sueños.

—¡Su sombra! ¿acaso era cierto lo que me dijisteis la noche de mi arresto? pero no, vos no habreis sido tan cruel, vos no le habreis dado muerte.

—Sí, dijo el anciano delirante, mira; yo tenia una hija y deshonoró mi nombre; pero fui vengado...

Una noche... huyó de mi casa con su amante; eras tú...

Cuando acababa de dar á luz el maldito fruto de vuestros amores, yo con tres hombres te acometi;

mientras tú te defendias, yo penetré en la casa; allí encontré la prueba de mi deshonor; mi mano armada de un agudo puñal descargó con furor sobre la impia; yo mismo cortaba el hilo de su vida y le arrancaba el hijo de sus brazos cuando exalaba el último suspiro.

El fruto de vuestros amores me sirvió de escudo para prenderte; fácil me hubiera sido entregarte á los tribunales como su asesino, pero yo no queria tu muerte: queria saciar mi venganza con tu continuo tormento; queria verte padecer horriblemente; contarte todos los dias esta funesta historia; atravesar tu corazon con el recuerdo de tu hijo hasta verte espirar en medio del dolor y del sufrimiento mas espantoso.

—Miserable asesino; dijo el jóven dando un grito desgarrador.

—Miserable asesino; dijo el jóven dando un grito desgarrador.

—Miserable asesino; dijo el jóven dando un grito desgarrador.

—Miserable asesino; dijo el jóven dando un grito desgarrador.

—Miserable asesino; dijo el jóven dando un grito desgarrador.

—Miserable asesino; dijo el jóven dando un grito desgarrador.

—No puedes moverte, contestó el anciano, estás preso y sujeto hasta los cabellos; tu resistencia es en vano: así gozaré en tu martirio. Voy á traerte á tu hijo; lo verás flaco, escuálido y amarillo por la falta de alimento, padeciendo como tú; pero no, no lo verás; quiero privarte hasta de ese consuelo; quiero que apures hasta las heces la copa de la amargura; quiero que un tormento eterno aniquile tu cuerpo y que mueras sin que haya mortal alguno que te dé el mas leve auxilio, y en medio de la desesperacion mas espantosa. Igual suerte le espera á tu hijo; y cuando estenuados por la fatiga os encontréis en las puertas de la muerte, entonces celebrando mis bodas con la hermosa Catalina hermana de D. Diego, vendré desde el colmo de mis placeres á gozarme en el funesto estertor de vuestra agonía.

—¡Oh! no, por piedad; vos no sereis tan inhumano, vuestro noble corazón no puede arraigar tantos horrores: tened compasion de ese niño, es mi hijo; vos no sabéis lo que es un hijo. Quitadme la vida, inventad toda clase de tormentos para conmigo. Yo seré vuestro esclavo; os perdonaré la muerte de mi esposa; os serviré de rodillas, vesaré vuestros piés continuamente y mis lábios no se abrirán sino para bendeciros. Dadme mi hijo; que yo lo vea; que estampe mis cárdenos lábios sobre su pura frente; y despues podeis darme muerte.

—Jamás; ese será tu mayor tormento; atado como una fiera oirás desde este fatal recinto sus quejidos y no podrás socorrerle.

—Esto es horrible; mátame miserable, que la *Justicia de Dios* vengará mi inocencia. Sí, dijo como

inspirado, vas á casarte, la Providencia te dará hijos en abundancia, y tú no podrás contemplar sus angelicales rostros: te serán arrebatados por la muerte, y cuando creas encontrarte feliz, la *Justicia de Dios* castigará tus crímenes. Un abismo sin fondo se abrirá entre tí y tus hijos, y este abismo será el cadalso.

—Calla, calla, esas son las palabras de mi sueño; pero todo es una ilusion de mi fantasia..... Hasta mañana; yo mismo vendré para referirte los proyectos que imagino.

D. Hernan agarró la lamparilla y salió precipitadamente, cerrando despues la puerta. D. Rodrigo quedó enteramente abatido. Un ruido que sintió á sus espaldas le hizo volver la cara, y vió que por una puerta abierta de repente en el muro penetraba Roque con una lamparilla en la mano, seguido de su criado Antonio.

—No me engañé, dijo Roque, la gitana ha cumplido su palabra.

—Vos aquí, exclamó D. Rodrigo, ¿por donde habeis entrado?

—Por un subterráneo que desde el Genil conduce á este aposento. Una gitana me ha vendido el secreto. Pero no perdamos un instante; vuestro hijo os espera. Lo hemos arrebatado á su nodriza y despues hemos venido á salvaros. Despachemos.

—Gracias, gracias, noble amigo, yo recompensaré tus servicios.

—Nada hay que recompensar; me ha entregado á

vos y quiero salvaros, lo demás ya lo arreglaremos despues.

Quitaron los grillos y esposas al desgraciado joven, y desaparecieron por la puerta secreta que quedó cerrada herméticamente.

IV.

Era el 13 de julio de 1509, es decir, un año despues de la muerte de Matilde.

La casa de D. Hernan Sanchez presentaba un cuadro bastante extraordinario: varios criados cruzaban en todas direcciones, pero con el mayor silencio y denotando en sus semblantes las bien marcadas huellas del insomnio y de la tristeza.

La causa era la siguiente.

Su señora, D.^o Catalina Hernandez, hermana de D. Diego y esposa actual de D. Hernan Sanchez padre de Matilde, estaba próxima á dar á luz el fruto de su matrimonio. Su salud se habia empeorado en las primeras horas de la mañana, y se temia bastante por su vida.

D. Hernan encerrado en su despacho, tenia la cabeza sumergida entre las manos, como si un grande tormento abrigase dentro de su pecho.

—Estamos á 43 de julio de 1509, dijo, dia fatal, fecha aterradora. Hoy hace un año... y sin embargo, esa idea no se aparta jamás de mi memoria. Cuantos desengaños hé sufrido desde entonces con D. Diego. Creí aquietar mi corazon por medio del enlace con su hermana; vago é infructuoso remedio; las miras de mi herencia lo han guiado en su camino. Pero hoy el cielo, parece vá á dulcificar en algun tanto mi amargura dándome un hijo; sí, un hijo que será el báculo de mí vejez, el heredero de mis cuantiosos bienes. Y sin embargo, no sé que presentimiento funesto ocupa todo el dia mi mente, que me hace temblar hasta del ruido mas leve, hasta de mi misma sombra. Las palabras de mi sueño, repetidas luego por D. Rodrigo, no se apartan de mi mente, y á cada instante, creo verle entrar acusándome de mis crímenes.

Un criado que penetró en la estancia cortó el hilo de sus reflexiones.

—Señor, dijo, vuestra esposa ha dado á luz un hijo.

—Gracias, Dios mio, contestó el anciano, voy á estrecharle contra mi corazon, á llenar el vacío que hace tanto tiempo se encuentra en mi alma; á contemplar sus infantiles gracias.

—Dispensad, señor, continuó el criado, el médico me ha encargado os haga presente, que vuestra presencia será fatal á vuestra esposa: está de mucho peligro, y en cuanto á lo que decís de vuestro hijo, todo es en valde; ha nacido muerto.

—¡Muerto! ¡Oh! el cielo me castiga en lo que mas

amo, las palabras de mi sueño principian á cumplirse.

—Sin embargo, prosiguió el criado, no debeis desesperar; el médico asegura que el parto no ha concluido; tal vez...

—Pues entonces nada temo, dices bien, tal vez se cumplan mis esperanzas; marcha no te separes de su lado, y avisame si el Señor compadeciéndose de mis lágrimas me diese otro hijo que bendiga mi existencia.

El criado salió y D. Hernan continuó en sus meditaciones.

Una hora despues, el criado le anunciaba el nacimiento de otro hijo, muerto como el anterior; y el encargo del médico de que continuase en su aposento.

D. Hernan creyo desesperarse, y mucho mas cuando á las siete de la tarde le fué anunciado el nacimiento de una tercera criatura, muerta como las otras y que su esposa se habia agravado estraordinariamente.

De este modo continuó toda la noche el criado anunciandole el nacimiento de nueve hijos y prohibiéndole por orden del médico pasar al aposento. Cada vez que el criado se presentaba, creia D. Hernan cumplida su esperanza, pero la palabra *muerto* que salia de la boca de aquel, destruia su felicidad y esasperaba su ánimo.

A las seis de la mañana del día 14, D.^a Catalina Hernandez habia dado á luz en trece horas nueve hijos muertos, y D. Hernan en medio de su frenético

delirio, veia cumplido casi en todo el anuncio de su sueño.

Entre diez y once del mismo dia penetró por décima vez el criado en la estancia, comunicándole el nacimiento y muerte de otro hijo; volviendo á anunciarle el que hacia once á la una de la tarde. Este mas bien que criatura parecia un mónstruo, y á las dos de la tarde del siguiente dia, le fué anunciado el nacimiento del duodécimo hijo.

D. Hernan no pudo aguardar mas: con las manos crispadas y los hojos desencajados, penetró en la estancia de su esposa. Esta estaba desfallecida; arrancó de los brazos del médico el niño que acababa de nacer, pero su asombro no tuvo límites. No tenia ojos, orejas, ni brazos, y su aspecto era espantoso. Lo dejó sobre el lecho de la madre, y trémulo de espanto y pálido cual la muerte, se lanzó á las escaleras.

Al abrir la puerta de la calle se presentó un alguacil seguido de varios dependientes.

—A quien buscais, dijo el anciano.

—A D. Hernan Sanchez.

—Yo soy, que me quereis.

—En nombre de la ley daos á prision.

—De que crimen se me acusa.

eneto —Del asesinato de vuestra hija, cometido el 13 de julio del año anterior.

—Mentis, dijo Matilde presentándose seguida de D. Rodrigo.

D. Hernan quedó helado de espanto.

—Matilde Sanchez, dijo esta, se halla en vuestra presencia. El cadáver encontrado en la casa de Santa

Catalina, era de una jóven desgraciada que sufrió por mí la cólera de mi padre; pero su hija ha alcanzado el perdon de nuestro soberano, y que tengo la satisfaccion de presentaros.

Entonces entregó el pliego al alguacil.

—Perdon hija mia, dijo el anciano cayendo á sus piés.

—Alzad, padre mio, vuestros brazos son mi mayor consuelo; bastante os ha castigado ya la justicia de Dios.

Entonces Matilde se arrojó en los brazos de su padre.

El alguacil se marchó á dar fé del acontecimiento á la autoridad competente.

Al dia siguiente, D. Diego habia desaparecido.

D.^a Catalina Hernandez, esposa de D. Hernan, murió despues de algunos meses, por un continuo padecimiento.

La justicia de Dios habia vengado la inocencia.

...la presencia de Matilde en casa de su padre, cuando anteriormente hemos manifestado haber sido asesinada por este, y lo que es mas, haberle dado sepultura á su cadáver.

Justo será que aclaremos un poco los acontecimientos, para que se pueda comprender claramente la presencia de Matilde en casa de su padre, cuando anteriormente hemos manifestado haber sido asesinada por este, y lo que es mas, haberle dado sepultura á su cadáver.

Al separarse Roque de D. Rodrigo la noche del alumbramiento de Matilde, recibió orden de volver casa de la tia Maruja, si lograba convencer al criado Antonio á que le acompañase. Logrólo al fin, y una hora despues llegaban ellos á la mencionada casa. Lo primero que vieron fué la puerta abierta, y á la tia Maruja medio estrangulada con un pañuelo en la boca. Esta principiaba á despejarse y hacia esfuerzos por levantarse. La levantaron prontamente quitándole el pañuelo, y despues de administrarle el socorro necesario, los informó de la acometida de

los enemigos de D. Rodrigo, y que habia conocido á D. Hernan que la habia puesto de aquel modo llevándose al recién nacido.

Pasaron á la habitacion de Matilde y encontraron á esta desmayada sobre el pavimento, y poco mas allá la hija de la tia Maruja bañada en su sangre.

La infeliz estaba muerta.

Al sentir Matilde la voz de su amante y el ruido de las espadas, se habia lanzado del lecho hácia el balcon, al tiempo que su padre penetraba en la estancia.

La hija de la tia Maruja que era de la misma edad de Matilde, se hallaba vistiendo al niño, y el furor de D. Hernan no la distinguió, creyéndola su hija, y descargó sobre ella el puñal homicida, arrancándole el niño de los brazos.

Al grito que lanzó la infeliz entró Matilde en la estancia, mientras su padre salia por la puerta contraria. Al ver tan funesto cuadro, solo pudo articular: Socorro! mi hijo! y cayó desmayada sobre el pavimento, cuyo golpe habia sentido D. Rodrigo.

Roque hizo volver en si á su señora, consoló á la tia Maruja, y queriendo ocultar la existencia de la joven desfiguró á escondidas de la anciana el rostro de su difunta hija. Despues trasladaron con cuidado á Matilde á otra casa.

Al salir de la casa les hizo volver la cara un leve gemido, y encontraron un hombre que bañado en su sangre estaba tendido en el suelo.

—Quien eres? le preguntaron.

—Soy..... dijo con voz lenta, un..... criado de D. Diego.

—Que se ha hecho de D. Rodrigo, dijo Roque.

—Ha... sido preso... por mi... amo,.. yo...
mue...ro..., yo...

No pudo seguir, el infeliz había muerto.

Nuestros conocidos se apartaron de aquel lugar espantoso, y desde luego Roque y Antonio se dedicaron en averiguar el paradero de D. Rodrigo. Una gitana les informó del subterráneo que conducía desde el Genil á casa de D. Hernan, por ser de origen árabe, y no dudando que allí estaria su señor, lograron salvarle despues de haber arrebatado el niño á su nodriza.

El niño y sus padres se vieron reunidos á la mañana siguiente, y al punto se retiraron con Roque Antonio y la tia Maruja á una hermosa quinta de D. Rodrigo, donde un sacerdote bendijo la union de los esposos y bautizó á su hijo.

Desde entonces y por consejo de Matilde, su esposo buscó sus relaciones para con el gobierno, y haciendo este una estensa declaracion de los hechos, logró alcanzar el pèdon de D. Hernan, que tan oportunamente le llevó su hija, cuando descubier-to su crimen iba á ser conducido al cadalso.

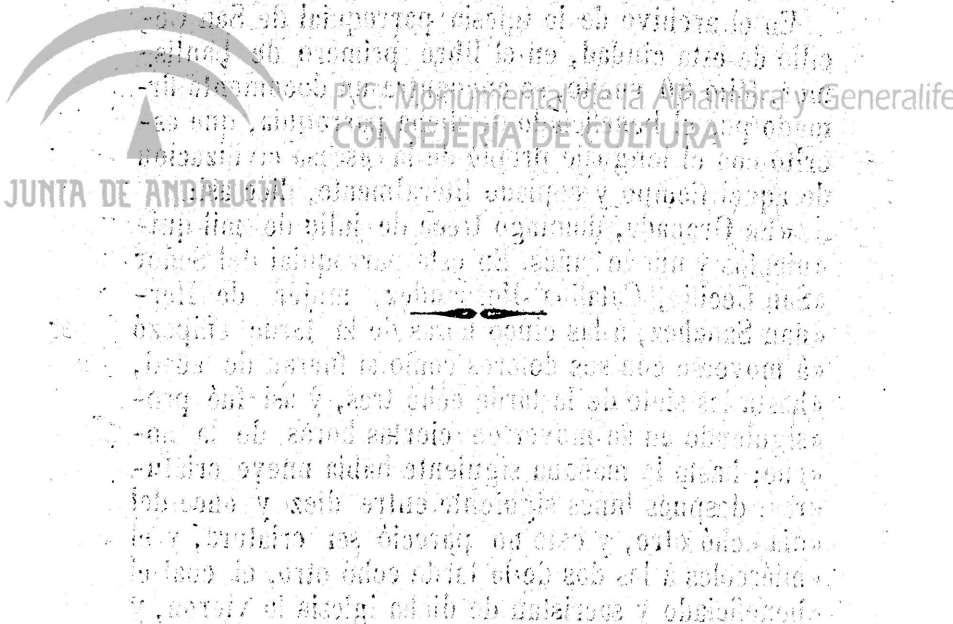
NOTA.

En el archivo de la iglesia parroquial de San Cecilio de esta ciudad, en el libro primero de bautismos, fólío 80 vuelto, se encuentra un documento firmado por el beneficiado de dicha parroquia, que escrito con el lenguaje propio de la escasa civilizacion de aquel tiempo y copiado literalmente, dice asi:

«En Granada, domingo trece de julio de mil quinientos y nueve años. En esta parroquial del Señor «San Cecilio, Catalina Hernandez, mujer de Hernan Sanchez, á las cinco horas de la tarde empezó «á moverse con sus dolores como si fueran de edad, «hasta las siete de la tarde echó tres, y asi fué prosiguiendo en su mover en ciertas horas de la noche; hasta la mañana siguiente habia nneve criaturas; despues lunes siguiente entre diez y once del «dia echó otro, y este no pareció ser criatura, y el «miércoles á las dos de la tarde echó otro, el cual el «beneficiado y sacristan de dicha iglesia lo vieron, y

«al parecer no pareció criatura, porque tenía los ojos
«y orejas diferentes de criatura humana, sin brazos,
«la comadre le abrió la cabeza y le hallaron una ve-
«jiga de agua y un gusanillo dentro: á todo lo cual
«susodicho lo vieron muchas personas. Lo vieron
«Hernando Diaz, panadero, Maria Najos y Ana Vi-
«sueja, estos vieron los nueve, y otros dos vieron
«Isabel Lopez, y la vecina de ella Coban vió otros
«dos, y juntamente con los de arriba y Castillejo y
«su mujer y otros muchos. Sigue la firma.»

El no espresarse en la anterior partida el acto del
bautismo se infiere que nacieron muertos, lo cual ha
sido el fundamento histórico de esta tradicion.



LA COLUMNA

Santa Maria de la Alhambra.

D. Mariano Hernandez Rivera.

En uno de los dias del mes de mayo del año de 1397, entraban por el barrio que hoy llaman de San Lázaro, dos venerables religiosos que á primera vista daban á entender pertenecian á la orden de San Francisco por el color de sus raídos hábitos. Tendria el uno como cincuenta años, de gallarda presencia, de larga y poblada barba entre cana, en su faz se hallaba pintada la gravedad y su mirar era franco y espresivo. El otro demostraba mas edad, su barba era blanca enteramente, pero ágil y robusto; y am-

bos á pesar del polvo y sudor que cubria sus tostados rostros, dejaban ver un carácter afable y bondadoso al par que enérgico. Vestian un hábito de tosca lana azul, y pendiente de sus cinturas se ostentaba un cordon y un rosario; calzaban unas sandalias de cáñamo y llevaban al hombro unas alforjas ocupadas sin duda de algunas provisiones y libros.

Los que de este modo caminaban eran el reverendo fray Pedro de Dueñas y fray Juan de Cetina, que dejando su tranquilo claustro, iban de ciudad en ciudad predicando el Evangelio santo del Crucificado, con el laudable fin de convertir herejes, y aliviar en algun tanto la suerte de los cautivos cristianos que se hallaban bajo la cruel barbarie de los moros que por este tiempo eran dueños de esta bella ciudad.

Imponente era en verdad el aspecto que presentaba en la época á que nos referimos. Reinaba en ella Mahomad Aben-Balla, el cual subió al trono por haberlo usurpado á su hermano mayor Jusafat Abul-Haxex, al que tuvo encerrado catorce años en un castillo de Salobreña. Se hallaba, segun el célebre escritor D. Luis de Mármol, cercada de muros y torres de argamasa tapiada, y tenía doce entradas al rededor en medio de elevadas fortalezas con sus puertas y rastillos, todo doblado y guarnecido de chapas de hierro, y sus rebellines y fosos á la parte de afuera, habiendo tan crecido número de gentes de guerra, que unido al de los lugares de sus sierras comarcanas, con razon podia llamarse inespugnable y poderosa.

El sol iba ocultando en el ocaso sus ya ti-

bios rayos, cuando los dos misioneros cruzaban la plaza del Triunfo (1).

—Hermosa ciudad! decía Juan Cetina á su compañero.

—Cierto que es muy bella, replicaba Pedro de Dueñas: ¡lástima que esté ocupada por estos infieles!

—Hé... hermano, todos son hijos de Dios, y quien sabe si sacaremos de ellos mas partido...

—Quién sabe, decis bien, ¡oh! Dios haga que así suceda; si viérais que placer siento en el alma cuando logro que un descreído conozca su error y adore á ese Supremo Ser de donde dimana toda felicidad.....

—Bien lo sé; y ese mismo bienestar embarga mis sentidos en casos análogos, tanto que me parece estar trasportado á otro mundo sin fin de inagotables delicias, y solo por conseguirlo abandonamos nuestro hogar y surcamos este piélago inmenso de turbulencia, donde á cada paso encontramos un abismo; ¡esponer nuestra existencia! pero..... ¿qué importa perderla una y mil veces si ganamos un alma para el cielo?.....

—Bravo.... bravo.... gritaba entusiasmado fray Juan, os conozco demasiado hermano mio, y dudo

(1) Llamada así desde el año de 1628 en que la Municipalidad de esta ciudad juró la defensa del misterio de la Purísima Concepcion, y para perpetuar este acto religioso se mandó erigir el Triunfo de esta Señora, colocando en medio de dicho campo el primoroso pedestal que aun existe y sostiene la venerada Imágen, de mármol blanco de la sierra de Filabres.

que haya un mortal que al oír la elocuencia de vuestras palabras, no penetre la luz radiante y pura de la fé en su corazón, disipando la densa oscuridad que en él impera...

—Dios os pague el buen concepto en que sin merecerlo me teneis, replicó en tono humilde Pedro de Dueñas...

Embebidos en su conversacion, cruzaron por las calles mas públicas de Granada, hasta venir á parar al barrio de San Cecilio, que era donde habitaban los cristianos, sin atender que varios moros los seguian con miradas y ademanes, ora de burlas ora amenazantes; mas ellos fijada la vista en el suelo seguian presurosos su camino, hasta llegar á una modesta casa situada en dicho barrio ante cuya puerta pararon. Despues giraron sus goznes apareciendo en el dintel un anciano con quien se cruzaron algunas palabras en voz baja, penetrando por fin en ella. Los que largo rato venian en pos de los franciscanos quedaron formando grupo á larga distancia, haciendo mil comentarios y perdiéndose en conjeturas sin poder adivinar la causa que motivará su venida.

Poco á poco se fueron retirando, no sin esclamar á una voz, que ya averiguarian quienes eran los dos frailes.

—Hacindola el sup no 6061 de 622 la pión de pñomel (1)
dunbir el 60 oronim labordab al andi babo pñom el bab
—La 60man 62 de 6127 6106 6106 6106 6106 6106 6106
6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106
—6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106
6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106 6106

Se rian como las doce de la mañana de un hermoso día de primavera, un gentío inmenso ocupaba el lugar que hoy llaman Plaza Nueva, multitud de curiosos aumentaban el número de espectadores, y un rumor prolongado se dejaba escuchar en todo el ámbito. Todos fijaban la vista en dos enérgicos misioneros que en alta voz predicaban el Evangelio Santo, las mas saludables doctrinas. Injuriosas imprecaciones se escuchaban de una parte contra los oradores, de otra risas y burlas, al par que otros los contemplaban con admiracion y respeto. De pronto crece el murmullo, la muchedumbre comienza á agitarse y á abrir paso al Cadi ó justicia mayor de Granada, que venia seguido de toda su servidumbre, y llegando á los fieles cristianos, les amenaza, les amarra cual si fuesen temibles criminales, y los lleva por las calles mas públicas de la ciudad seguidos del populacho, que con grande algazara festejaban

la indómita barbarie del Cadi. De este modo llegaron hasta hoy posada de los Catalanes, donde quedaron reducidos provisionalmente á prision.

Al otro dia fueron trasladados de igual forma al Corral de los Cautivos, donde al ver á sus hermanos redoblan de nuevo su exortacion enardecidos sus corazones del divino fuego, haciéndoles ver lo grandioso y sublime de nuestra santa religion, y lo falso y absurdo de la de Mahoma, y que no vacilasen en dar mil vidas que tuviesen por sostener sus creencias, pues el Dios de los Justos les preparaba otra mas feliz, cual era el Reino de los Cielos.

Tal fué el ánimo que sus palabras infundieron á los cristianos, que entusiasmados desafiaban ya el poder del tirano, ambicionando solo ceñir sus sienes con la gloriosa corona del martirio.

En este dia el rey Mahomad entraba victorioso en Granada, concluida que fué la sangrienta batalla que sostubo con D. Enrique de Castilla en las inmediaciones de Quesada. El pueblo mahometano en masa lo recibia con vítores y aclamaciones de un gozo sin limites.

